

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1817
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

EZEQUIEL ENDERIZ
El hombre que todo lo aprendió en las mujeres.

A. ORTEGA
De lo mismo.

J. PEREZ RAMIREZ
Grotescos.

S. CLOVIS
El responsable.

G. GOMEZ DE LA MATA
Ecos lejanos.

ANGEL G. LUGEA
El mayor castigo.

EDUARDO DE ORY
La «bailaora»

JUAN MOLLAT
Otoño.

FERNANDO G. RUIZ
Orgia.

TOVAR, OTELO Y TINO

Varios dibujos y retrato de Ena.



5 cénts.

ENA

■ Elegante cupletista y mujer estupenda que nos ha hecho pensar con envidia en el «heno».



EN la sección de quejas del vecindario, de un diario rotativo, he leído una lamentación firmada por «Una lectora», protestando de la altura de los estribos de los tranvías y pidiendo al director del periódico que reclame á las autoridades para que éstas, á su vez, obliguen á las empresas á que pongan un peldaño más á las pequeñas escaleras de los citados vehículos.

A buen seguro que la comunicante es una de estas dos cosas: ó es una venerable anciana incapaz de llamar la atención con los encantos físicos de sus extremidades

PUERILIDADES



—Si aciertas lo que tengo en las manos, te lo doy.

—Lo mismo que tu hermana. ¿No ves que acaba de enseñármelo?

inferiores, ó tiene dos tirabuzones en el sitio donde las demás tienen las pantorrillas. De lo contrario, no se explica esa extemporánea protesta, de la que seguramente protestarán el resto de las mujeres.

Guapa ó fea, no hay hija de nuestra amada mamá Eva que no le produzca cierta satisfacción el que al subir al tranvía se les vea cierta parte de la pierna, y algunas llevan esta exteriorización de la coquetería femenina al plausible extremo de que esa cierta parte esté comprendida desde el tobillo hasta cinco ó seis centímetros por encima de la liga. ¡Bendita sea esta sabia determinación de las interesadas!

Ellas saben el mágico efecto que en los hombres produce la contemplación de una pantorrilla bien cincelada, sobre todo si va revestida de una media fina y de un zapato benito, y, ¡claro está! son bondadosas de suyo; y puesto que esto agrada á sus semejantes del otro sexo, las pobrecitas nos dan por el gusto. Ahora, que hay no pocas que son verdaderamente crueles y no se contentan con mostrar lo que buenamente permite la estrechez de las faldas de moda, que ya es bastante, sino que, con refinado ensañamiento, se recogen un par de palmos al elevar la primera pierna, y, como es lógico, cuando realizan el movimiento de subir á la plataforma, no hay mirón que no experimente los efectos de la subida.

Así se explica el por qué de la existencia de tantos ciudadanos «contemplativos» que se pasan la vida haciendo guardia permanente en los principales puntos de parada de los tranvías. Fijense ustedes en la calle de Carretas, esquina á la Puerta del Sol; en Antón Martín; en el Noviciado; en la Plaza de Castelar .. y en tantos otros sitios estratégicos, verdaderas trincheras de esos beligerantes de la sicalipsis que están ojo avizor, y nó digo arma al brazo, pero sí dispuestos á armarse al primer movimiento del enemigo.

Y hay señoras de esas á que antes me

refería, que, al notar la presencia de los contemplativos, extreman sus artes de guerra haciéndoles pasar grandes amarguras. Y menos mal que los que se sitúan en la Plaza de Castelar, tienen, por lo menos, el recurso de tirarse á la Cibeles, ó, por lo menos, lanzarse al pilón al verse demasiado sofocados por la acción acometedora de la hembra que tome la ofensiva al subir los estribos del popular vehiculo; pero los infortunados que escogen, por ejemplo, las pasaderas de la Puerta del Sol, no tienen otro consuelo que el reclamar el auxilio de los guardias municipales que están allí para impedir aglomeraciones.

Por cierto que esto de las aglomeraciones en las pasaderas es también asunto de explotación para los masagistas espontáneos. ¡Los hay que se ceban!

Peró volviendo á la queja de la lectora del diario rotativo, yo á mi vez protesto de que en Madrid no tengamos tranvías como los que en Barcelona hay para ir al Tibidabo y como los auto-obus de París. Esos son unos vehiculos decentes, con sus magníficos imperiales, que no dejan de ser preferidos por las mujeres ni mucho menos. De mí sé decirles á ustedes que soy de los que se quedan en la plataforma y siguen las evoluciones ascendentes por la escalerilla de caracol, cuando quien las hace es una señora bien instrumentada. Y es de advertir que en los imperiales es tan decorativa la ascensión como el descendimiento.

No faltará quien haga la observación de que no se explica qué beneficio pueda producir este ojeo; á lo que yo contesto que entre recrear la mirada en la admiración de las bellas obras plásticas de la Naturaleza y pasar el tiempo contemplando el uniforme del cobrador ó los botines y el gabán de trabilla de otro viajero, la elección no es dudosa. Y además, que digo lo que aquel sujeto que se pasaba el día en el mercado de las Vistillas viendo cómo los vendedores calaban los melones, para de mostrar al comprador que eran exquisitos y le preguntaban el por qué de aquella extraña afición.

—¡Hombre! —contestaba. —¡Es que á veces se saca raja!

Un pequeño REPORTER

Lea usted "Teatros y Salones,"

EN EL OCASO



—Señores empresarios: aquí tienen ustedes dos venidas á menor.

El hombre que todo lo aprendió en las mujeres.

No lo conocéis?... Sí... Aquí se llama Pepe Rico, de alguna manera hemos de llamarle; pero vosotros quizá lo conocáis por otro nombre y otro apellido.

Nació de familia «bien». Hijo único ó hijo menor, todas las caricias de la madre y de la abuela y de las tías fueron para Pepito.

Creció, como todo crece... Pero Rico fué al Instituto; pero diver-

tiase más viendo y floreado modistillas que con los complicados teoremas del Algebra.

Se echó una novia de su clase, y su labia expresiva, unos ojos picarescos y su juventud, rindieron á la novia en una de esas rendiciones sin arreglo ni remedio.

A LAS ALTAS HORAS



—¡Pero si es que ese te ha cogido el pan debajo del sobaco!

—Pues mañana doy cuenta á la Alcaldía, que es donde mejor arreglan las cuestiones del pan.

Deshojada la rosa, Pepito Rico, triunfante, atravesó el jardín del amor en busca de más rosas.

Las halló.

Su cabeza era hueca, pero bella, y la mujer no se para á mirar estas cosas. Decien mujeres que á su paso cruzaron, nóventa cayeron...

Eran dignas de un mozo guapo, calavera, señorito y poco escrupuloso.

Pasado algún tiempo murió la abuela y la madre y las tías.

Pepito Rico se quedó solo. La vida comenzó á presentarse ante Pepito Rico con toda su triste realidad. ¿Qué sabía él? Nada. Lo que las mujeres le enseñaron. Y eso era poco si era hombre de conciencia.

Había visto Pepe Rico en las mujeres de su trato, que el dinero lo hacían ellas con una cara bonita, una sonrisa á tiempo y una inconsciencia aterradora.

¿Valía él para eso?

Sabía que en la vida moderna, como los hombres adquieren mujeres, las mujeres adquieren hombres. Sería cosa, pues, de esperar...

Paseó por la Castellana en coche descubierto, muy elegantemente vestido, con la indolencia en el gesto de una cocotte masculina.

—Nada.

Las mujeres le miraban curiosas y preguntaban curiosas con los ojos de ensueño: ¿Es título? ¿Es millonario? ¿Quién es?

Un día una vieja marquesa echó sobre Pepe Rico sus impertinentes, y lo hirieron de muerte. Porque fácilmente adivinó Pepe Rico los deseos de la marquesa y esta facilidad hizo encontrar sus pensamientos y sus deseos y todo estuvo realizado.

La marquesa amó á Pepe Rico como man las mujeres crepusculares y Pepe Rico sintió la nostalgia de los días pasados entre carne más fresca y más joven.

La chifladura de la marquesa por Pepe Rico, la ha llevado hasta el extremo de presentar á su amante en la sociedad como un sobrino suyo, para así gozar de él con menos molestias.

Pepe Rico acepta encantado la presentación y al poco tiempo hace el amor á la

MIENTRAS LLAMAN A ESCENA



—«Aquí está
quien lo tiene tó,
y no tiene ná...»

—Eso te lo ha dicho la Rosa.

—Pero, tonto, si no es por ti; si eso es de
la función.

mujer de un diplomático, más joven y más
bella que la marquesa.

La diplomática ha aprendido de su ma-
rido las buenas formas y el disimulo y
hace *firt* con Pepe Rico de una manera
encantadora.

Pasan dos meses, hay una oportunidad
y la diplomática ya es la presa de Pepe
Rico.

La marquesa huele el pastel, y su olfato
de perro viejo lo descubre en el mismo
horno.

Hay un escándalo elegante, provocado
por el mismo Pepe Rico, que necesita
fama, *cartel*.

Adquirida ya su nombradía, instala un
cuartito de soltero, nido amoroso más
bien, y como el reclamo está hecho ya, no
necesita más que esperar las visitas...

Tiene muchas, muchas.
Es el ídolo de la aristocracia.
Sus méritos amorosos deben ser extraor-
dinarios...

¿Verdad que le conocéis? Vosotros no el
conocéis por Pepe Rico; pero aquí se lla-
ma así.

¡Ya lo creo! Es el hombre que todo lo
aprendió en las mujeres!

Ezequiel ENDÉRIZ

De lo mismo.

No me convences. Sobre todos esos
quiméricos escrúpulos monjiles,
están mi amor, tus veintidós abriles
y tu boca, pletórica de besos.
Y aunque tengo sentidos y alma presos
en la red de tus gracias juveniles,
notando voy que, rápidos, sutiles,
en ti va haciendo mi pasión progresos.

LOS MALOS TRATOS



—¡Siempre me deja tirada, de mala ma-
nera!...

¿Pruebas?... Hondos suspiros y miradas;
explosiones de amor, disimuladas,
y algunas cosas más que, francamente,
no me atrevo á decirte aquí; de modo
que no me vengas, al final de todo,
queriéndote salir por la tangente.

. ORTEGA

GROTESCOS

Pubertad.

Por el prado ameno que la Primavera ha tapizado espléndidamente, discurremos con un aire galán, ligero y suelto, cantando una antigua glosa que hoy nos parece nueva y entonada por primera vez. Una antigua glosa de amor.

La brisa nos orea el cabello y el pensamiento con el tibio bienestar de una caricia sentida por primera vez en nuestra vida.

Concebimos algo nuevo y enorme además, que no acertaremos a definirnos; tenemos un como presentimiento que nos

halaga, y nuestra alma está inquieta, temerosa y deseosa de no sabemos qué, cuento quizás...

Ellas andan por el bosque, por el frondoso bosque de abetos, laureles y encinas, adonde, si no hemos querido engañarnos, insinuaron que las siguiésemos, que las persiguiésemos; y sus risas en el bosque nos suenan como gorjeos, y á su reclamo pugna por salirnos del pecho nuestro corazón.

¡Risas de juventud! ¡Señuelo inquietante y misterioso!

Nos arde la mirada en la pupila; nuestra sangre, inyectada de sol, se nos enciende en los pómulos, y nuestros sentidos se alarman, mareados de locos perfumes desconocidos.

Ellas regresan del bosque... Por el prado, sus pies mariposean breves, desenvueltos, llenos de gracia. Esta rubia, todo candor en la mirada perla y en las formas finas, va aspirando lánguidamente la esencia fresca de un capullo recién cogido; esta morena de acerados ojos nos mira y se ríe con ingenua insolencia de diablillo no malo; aquellas van con lentitud deshojando, hoja por hoja, margaritas, margaritas...

—Me quiere... no me quiere...

Y todas cantan en dulcísimo coro ideal, y nos miran con una distraída insistencia, y se procuran, irresistibles, nuestras miradas.

¿Qué pensarán de nosotros?...

Porque hemos llegado al punto que no encontramos deleite cumplido en los juegos, ni suena á casaca nuestra risa, ni bebamos sin preocupación, ni supiéramos qué palabras decir á solas con estas amigas que han crecido, mientras ellas no parece sino que necesitan nuestra conversación.

¡Cuán hermosas, por el valle ameno con los cabe-

MAYORES Y MENORES,



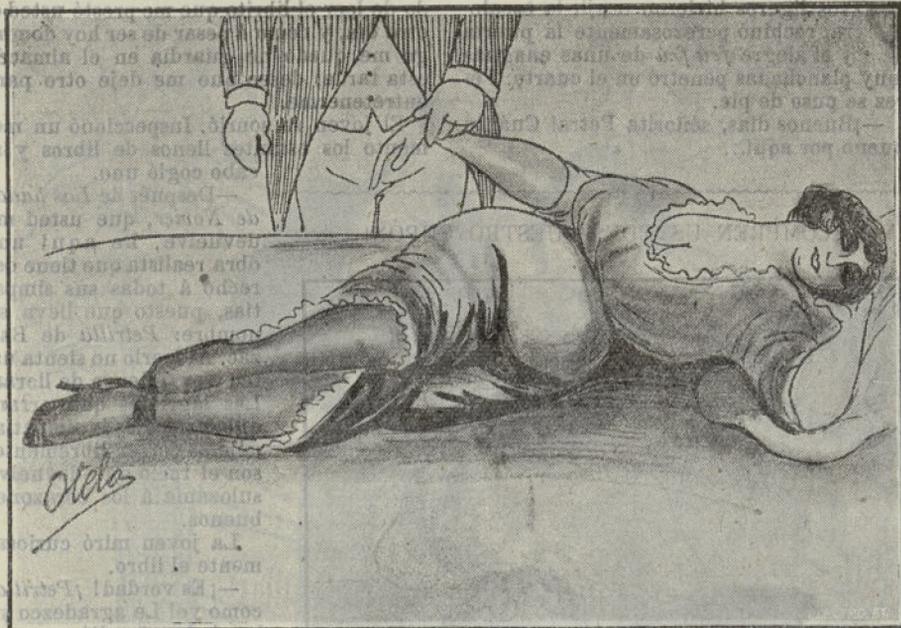
Otero

—¡Vaya, niñas, que ya debíais vestiros de largo! ¿No sabéis el art. 70 de las Ordenanzas municipales?

—No, señor; todavía no hemos llegado á ese número.

ENFERMEDADES PASAJERAS

EL RESPONSALE



—Estamos lo mismo que ayer.
 —Pero, doctor, si no me entra nada en el cuerpo ni á tres tirones...
 —Pues, no hay más remedio; haces un esfuerzo.

llos al aire, de oro ó de ébano; los lindos rostros coloreados; los pechos, purísimos y eréctiles bajo las telas ligeras; los brazos y las piernas, veloces como alas!...

¡Divinas apariciones!

Nuestros seres tiemblan y se inflaman, como temerosos y deseosos de algo cruento...

—Me quiere... no me quiere...

Y nos encanta sobremanera que, á veces, algún vestido claro de ellas se engarce en una rama y nos permita sorprender una pierna rosada y mórbida y tentadora. O la línea que se engendra por tal movimiento, por tal postura natural ó estudiada.

Pero... no pasaremos del éxtasis.

Y más nos miran las bellas, las excelsas, con fijeza extraña, con una osadía inexplicable, y se internan de nuevo en la espesura del bosque.

¡Oh! No nos engañamos ahora: nos han insinuado bien claramente que las siga-

mos, que las persigamos hacia la enramada.

¿...?

Mas sabemos que huirían con espanto, que atronarían con sus gritos el follaje...

Se va debilitando la tarde por grados visibles. La luna, roja, parece preludear algo cruento... algo que anhelamos con temor y tememos con impaciencia...

Pero ¡ah! no nos tornaremos tan osados, no. Y acaso seamos tan necios y crueles que, con nuestras propias manos, ahogemos estas ansias misteriosas de nuestro sér; que con nuestras propias manos pecadoras profanemos y malegremos este divino deseo, esta iniciación cálida de primavera y de juventud.

¡Con nuestras propias manos!...

J. PÉREZ RAMÍREZ

EL RESPONSABLE

Pasos ligeros hicieron crujir la escalera, rechinó perezosamente la puerta y el alegre *frú frú* de unas enaguas muy planchadas penetró en el cuarto. Pérez se puso de pie.

—¡Buenos días, señorita Petra! Cuánto bueno por aquí...

—Gracias. Abuso mucho de usted, señor Pérez, ¿no es cierto? Pero he concluido de leer el librito que me prestó usted el otro día, y como á pesar de ser hoy domingo me quedo de guardia en el almacén esta tarde, deseo que me deje otre para entretenerme.

El joven se sonrió. Inspeccionó un momento los estantes llenos de libros y al cabo cogió uno.

—Después de *Las hadas de Novier*, que usted me devuelve, he aquí una obra realista que tiene derecho á todas sus simpatías, puesto que lleva su nombre: *Petrilla* de Balzac. Al leerlo no sienta usted ver, gñienza de llorar. Las lágrimas que arraque á sus ojos la simpatía, déjelas correr libremente: son el rocío que devuelve su luz á los corazones buenos.

La joven miró curiosamente el libro.

—¡Es verdad! ¡*Petrilla*, como yo! Le agradezco su bondad, señor Pérez.

Se acercó á él inocentemente, llevada de su carácter expansivo y franco y le dió su manecita blanca.

Pérez agarró aquella mano y la retuvo entre las suyas. Fué á besarla, pero parecíale que algo muy hondo, en su sér, protestaba de aquel intento, y la soltó.

—Me voy, adiós. Mi ausencia debe haber sido notada en el almacén y van á reñirme. Perdón y gracias.

Se fué. Pérez quedó inmóvil. Sus ojos le brillaban.

Después murmuró:

—He tenido una mala idea. Jóvenes alegres que entretengan mis ocios juveniles, abundan. ¿A qué cargar mi conciencia con el remordimiento de una nueva seducción? —Y se puso el sombrero y salió á la calle.

¡COMPREN USTEDES NUESTRO CUPÓN!



—«Entre los 80.000 ejemplares del Almanaque, habrá uno en el que se ha dejado de imprimir un mes, y al lector ó lectora que le falte el mes, se le entregará un collar y una cadena de oro.»



—Cada día estás más gorda. No te abarco la muñeca.

—En cambio, yo te la abarco con dos dedos.

Pérez estaba empleado en una importante casa de banca. Un sueldo bastante creído le permitía vivir con decencia y hasta con comodidad. No carecía de nada y divertíase cuanto podía. Después del trabajo, el café y las diversiones, le gustaba saborear la satisfacción de estar solo. Para eso tenía alquilado un piso. Su cuarto, hallábase en la misma casa de un gran almacén de modas. Al entrar y salir, veía a las operarias, con las cuales cambiaba una palabra amable y un saludo cortés. Al cabo de algún tiempo, todas ellas fueron sus amigas. Entre ellas se encontraba Petri-

lla. Alma soñadora y espíritu delicado, amaba las novelas, los cuentos, los versos, las leyendas... Su pasión era leer. Al saber que Pérez tenía muchos libros, se lo dijo sin ambages:

—¿Quiere usted prestarme uno?

Pérez revolvió su biblioteca para elegir los libros más convenientes. Empezó iniciándola en los puros amores de *Pablo y Virginia*. Luego la dio a leer *Lucía de Lamermoor*, *Alala*, *Trilby* y, por último, *Petrilla*. Por el camino el joven fué pensando en la modistilla. Al llegar al café donde solía reunirse con sus amigos, un murmullo

alegre celebró su aparición y le distrajo de sus cavilaciones.

—¡Hola!—gritaron sus camaradas.

—Debes tener algún nuevo amor en puerta cuando te has retrasado. ¡Que sea enhorabuena! Si mandarías traer algún licor exquisito brindaríamos por la felicidad de tu elegida de hoy...

Pérez quiso protestar; pero uno de sus amigos, Felipe, le dijo al oído:

—¡Cállate, hipócrita! ¿Crees que no co-

nocemos á tu nueva conquista, la Petri-
lla?... Es muy bonita.

—Querido mío —contestó Pérez—, no puedo escucharte: la honra de una muchacha decente no consentiré que, por causa mía, sea motivo de conversación en la mesa de un café.]

—¡Tonto! —respondió Felipe—. ¿Crees que á Petri-la puede perjudicarla que se sepa que la haces la corte?

Cuando salieron del café, Pérez preguntó bruscamente á su amigo:

—¿Qué quisiste decir antes?

—No, nada —replicó aquél evadiéndose.

—Perdona, pero me debes esa aclaración, puesto que tú has provocado la pregunta. No quiero que darne con la duda de tus insinuaciones malévolas.

—Entonces te repito lo que te dije: ¡eres un tonto! Quizá seas el único que ha respetado su virtud.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Tus predecesores se hacen lenguas de la belleza de la muchacha. Y aunque tú lo niegues, bien sabemos que ella va á visitarte.

—Nuestras relaciones son inocentes.

—¡Sea!... Pero las visitas de tu vecinita indican claramente su costumbre. Pedir un libro ó ir á devolverlo... es un medio de provocar una declaración.

Pérez quedó estupefacto con semejantes revelaciones. ¿Sería verdad lo que acababan de decirle?

¡Pues sería un necio ante vanos escrúpulos!

—Aquí tiene usted su libro, señor Pérez —dijo la joven entrando en el cuarto y alargándole el volumen.

El la envolvió en una mirada ardiente y llena de caricias. Levantóse para sa-

¡SOMOS ARTISTAS!



Dicen que son artistas; pero se retratan en Teatros y Salones, y luego no pagan el cliché. Claro es que sólo trabajan en el Colonial, donde cenan con apetito y con su madre, ó seáse con dos apetitos... No son ellas solas; tienen bastantes imitadoras.

ludarla y en vez de tomar el libro la estrechó el talle. Petrilla se retiró. Pero unos labios abrasadores se posaron en los suyos y unas manos temblorosas recorrieron sus esculturales formas. Asustada Petrilla por aquel ataque, apenas pudo defenderse. Luchó, suplicó, lloró... Todo en vano. Pérez no escuchaba nada. Al fin la fuerza triunfó de la debilidad, y el ángel de la inocencia se alejó para siempre de Petrilla.

Después de su triunfo, Pérez se sintió anonadado, su frente estaba inundada de sudor frío... Felipe había mentido, mentido, sí, como un bellaco. No era posible la duda: ¡acaabba de abusar de una muchacha honrada! Petrilla, derribada, dolorida, llo raba á sus pies silenciosamente, con el rostro escondido entre las manos.

Pérez salió al fin de su reflexiva atracción y levantó la cabeza. Había tomado una decisión suprema, justa é irrevocable, y arrodillándose á los pies de Petrilla la dijo con acento suplicante:

—Perdóname! Quiero hacerme responsable de mi locura y te devolveré la honra que acabo de arrebatarte bruscamente. Petrilla, tú serás mi mujer...

Tres meses más tarde, Pérez, ascendido en su empleo, dotaba á Petrilla y se casaba con ella.

Desde el día fatal no había querido volver á verla. Al salir de la iglesia cogió las manos de la que ya era su esposa y estrechándolas afectuosamente la dijo: —Me falta una reparación que darte y voy por ella. Ya me comprenderás luego.

Pérez marchó al café donde le esperaban como de ordinario, sus amigos. Entre ellos estaba Felipe.

—Celebro verte —le dijo en voz alta—. ¿Te acuerdas de Petrilla? Desde hoy se llamará la señora de Pérez: esta mañana la hice mi esposa. Y como un día heriste su honra ante mí con una calumnia de cuya falsedad tengo la prueba más fehaciente, deseo que te retractes ante nuestros amigos; de lo contrario nos batiremos á muerte.

Felipe, cuya ligereza había provocado aquel conflicto, accedió gustoso á reparar su injusticia, celebrando todos luego el su broma pesada, hubiera dado lugar nada menos que al casamiento del más furibundo de los célibes.

S. CLOVIS

LOS EFECTOS DEL TÉ-TANGO



—Déjate, tonta, que te voy á enseñar cómo se cogen en el Té-Tango.

—Pues, hijo, cualquiera diría que te ibas á cargar un baúl.

Ecos lejanos.

No canto alegrías,
como hace ya tiempo;
mis cantos son tristes, son sólo quejidos,
son sólo lamentos.

Mi lira no lanza ya notas alegres;
está arrinconada como un trasto viejo;
está muda, quieta,
igual que un espectro.

Si suenan sus notas, parece que traen
de otra edad el eco;
un eco lejano, de días alegres,
amargos recuerdos.

Por eso no suena
como hace ya tiempo;
por eso no escucho sus lánguidas notas;
si escucho, parece que tocan á muerto.

Y así voy rodando,
cantando tristezas, cantando lamentos,

cruzando la vida, como ave de paso,
en giros inciertos.
La gente no escucha mis cánticos tristes
de dolor inmenso,
y solo camino, llevando una cola
de antiguos recuerdos.

Germán Gómez de la Mata.

Para toda clase de trabajos tipográficos,
dirigirse á la
Imprenta de "Ediciones España,"
Paseo de las Delicias, 60.

UNA QUE SE NIEGA



- ¿Y la señorita?
- Está ocupada.
- Pero todos los días le pasa lo mismo...
- Y todas las noches.

El mayor castigo.

A D. Antonio Vidal Gallego, gran amigo mío. Una vez me dió la mane con hidaigua del siglo XV.

(Contado de un tirón.)

Said dejó en libertad al camello, que, embriagado de sol, inició su marcha suntuosa hacia el oasis.

Fatma lo vió venir y tuvo para él una sonrisa de misericordia infinita

—«¡El ensoñado! El de las noches sagradas y apocalípticas. El que hablaba al corazón como los apóstoles. El que todo sabía y por todo se sacrificaba.»

Era allí llegado milagrosamente, no concebía de dónde, con los ojos negros, inmensos y piadosos; la barba en punta, algo descuidada; el tórax amplio y opulento; las manos blancas y pulidas como las de ella...

Pidióla el agua transparente de la cisterna, y agua le dió ella en las manos, hasta saciar aquella sed que le abraza las entrañas.

Era un acua divina la boca del amado, la boca del hombre santo, que santificaba el amor en el santuario de su alma: el amor de ella, el amor de ellos para gloria de los dos.

—¡Said!

Invocó su nombre tembándole la voz, vagando la mirada por las arenas incandescentes, que lo llenaban todo.

—¡Said! Said me llaman por la gracia del Profeta, por la gracia del Misericordioso, por la gracia de Dios.

Habló ella:

—Me lo dijo en secreto el noble anciano de las barbas de plata que aquí convive

con nosotros practicando el bien: «Vendrá Said cualquier día, á cualquier hora, y te pedirá de tu agua para aplacar su sed. Y el agua se la darás escanciada en tus manos, y desde entonces te amará. Porque amor es su lema, y amando se engríe.»

—¡Sí!

«Porque como las águilas flechan el infinito ébrias de luz, así él sabe elevarse al espacio borracho de amor, apartándose misericordioso de la tierra, donde el odio late bajo todos los pechos y el crimen se fermenta en todos los cerebros, porque la envidia manda.»

—¡Sí! ¡Fatma... yo te amo!

—¡Que me amas! ¡Que tú me amas! ¿Y quién, por ventura, te dijo mi nombre, que con armonía tanta suena en tu boca?

—El amor. El agua que para saciar mi sed me diste escanciada en tus manos. El anciano que vive aquí practicando el bien...

—¡Oh!

—El que convivirá con nosotros de hoy en adelante. «Said, Fatma te espera —dijome bajo el sol, cuando iba más alto—; ve bajo aquellas palmeras. Ella estará sentada al pie de la cisterna.» —¿Dónde vas —dijele—, y quién eres? —«Lo sabrás cuando torne de recorrer el desierto en busca de peregrinos desvanecidos, de confortar á mis hermanos con el jugo que saqué de las plantas y de los reptiles; porque el sol da la vida, pero también nos la quita.» Y lo vi alejarse descalzo, semidesnudo, con las barbas de plata desplegadas sobre el misero pecho.

—¡Oh! ¿Y me amas?

—Sí. Eres linda como las rosas de Alejandría. Tus senos fornidos, la nieve blanca de las montañas de Granada...

Fatma dejó caer su cabeza sobre el pecho de Said, transida de placer, transportada al Paraíso.

Lo que ella experimentaba, ¿era el amor? ¿Podían los hombres hacerla sentir lo que entonces sentía?

—¡Said! ¡Said!

El tomó de su boca la exclamación.

—¡Oh, tu voz! Tu voz es la canción encantada de las guzías... es el melodioso gorjeo de los pájaros... el rumor de la brisa... el ritmo de las olas... la letanía de una noche de luna.

—¡Basta... basta!

Había sentido por allí adentro no sabía qué íntimas desgarraduras que le hicieron recogerse como una sensitiva.

—Me hiciste daño, Said... ¡Oh!

DE SOCIEDAD



Ella. — Hábleme usted bajito; nos va á oír mi marido...

El (en voz muy queda). — Señora, á los pies de usted.

Ella. — Hombre, no tan bajo.

El sol regio desmayábase en el horizonte enrojecido.

Said hubiéralo parado para inmortalizar aquella hora culminante de todos los goces de su vida.

—No... no. ¡Déjame hacer!

Tras ellos rugió feroz el noble anciano de las barbas de plata:

—¡Por compasión! ¡Dios grande! ¡Dios único! ¡Ahora más creo en mi vida misérrima de eternos sufrimientos! ¡Mátame ya, puesto que no es posible que me esté reservado otro mayor castigo!

Y entre el llanto agónico de aquella vida que se rompía, puieron oír los asombrados amantes la cruel sentencia que los hizo separarse asqueados:

—¡Señor! ¡Que son mis hijos!

Angel G. LUGEA.

CUADROS ANDALUCES

LA "BAILAORA,"

Sobre el tablado
la morenilla teje su danza:
brillan sus ojos
como dos llamas;
ojos que dicen
penas y ansias...
Sus pies pequeños
repiquetean sobre las tablas,

DEL ATENEO



El.—Yo opino, como Unamuno, que Nietzsche tenía la sangre escocesa, y Kant, eslava. ¿Y tú?

Ella.—Yo no la tengo.



Ella (leyendo).—«... El crucero inglés embistió al alemán por la popa, causándole graves averías.»

El.—Y eso, ¿en dónde fué?

Ella (distráida).—En la popa.

y á compás suenan
con la guitarra,
con la guitarra que á veces llora
y á veces canta...
—caja sonora de sentimientos
y de nostalgias—
Sobre el tablado
la morenilla teje su danza
lanzando al aire
coplas gitanas,
coplas de amores
y de añoranzas
que evocan odios, fieras traiciones,
curvas navajas.

Y mientras ella
sus coplas canta
al compás lento
de la guitarra,
lejos, muy lejos,
abandonada,
muere su pobre madre, diciendo:
¡hija del alma!

Eduardo DE ORY

OTOÑO

Te tengo dicho, serrano,
que con este tiempo gozo,
porque cuando caen las hojas
es para mí lo más propio;
es la mejor estación
para un paseo amoroso
por lejanas alamedas
que se despojan de todo,
imitando á la mujer
que tiene un cuerpo precioso
y lo mismo que una estatua
muestra todo su abandono.

Yo te digo á ti, chiquilla,
que con este tiempo gozo...

¡A mí solo dame, nena,
á mí solo dame Otoño!

Juan MOLLAT

ORGIA

Mar de risas, de luz, de pasión fuerte.
La bacanal empieza con suspiros
de una guitarra mora que puntea
un aire malagueño. Se ha subido
sobre una mesa la gentil gitana
domadora de hombrías y delirios,
y se retuerce en un brutal espasmo,
y canta y baila, sin compás ni tino,
una danza lasciva y seductora
y una canción de carne y de delito:
«¡Porque no fuiste mío, te he olvidado;
porque no me quisiste, te he vendido!»

¡Divina juventud! ¡Gloriosa loca!
¡Ante tu mágico poder me inclino!
Baila, mujer. Sobre la mesa-trono
mece tu cuerpo arrullador y altivo
como el de aquella Salomé danzante
que quiso al Precursor dar amoríos.

Canta, mujer. Que de tus labios rojos
no brote nunca la canción de hastío.
Y bebe de mis labios mis amores,
y bebe de mi copa el rojo vino.
¡Ante tu corazón me inclino amante;
ante tus ojos de volcán, me rindo!

Sobre la mesa, la gentil gitana,
hecha de fuego y sangre, hecha de ritmos,
tambaleó su cuerpo, como loca,
puso en sus ojos un fulgor divino,

y siguió la canción que me desta
la brusca confesión de su delito:
«¡Para que fueras mío, te he encelado;
para que me quisieras, te he mentido!»

Fernando G. RUIZ

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulars, facturas, cartas co-
mmerciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)



Almanaque "Amor," para 1915.

Es el almanaque de mayor circulación de España y América. Cinco años de éxito merecido y creciente. Es una escogida y regocijada colección de artículos, poesías, cuentos, etc., etc., ilustrados con profusión de dibujos y desnudos artísticos, en color y en negro.

Una peseta en toda España.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de periódicos de España y América. Remitiendo pesetas 1,25 en sellos de franqueo de España, ó por Giro postal, se enviará á quien lo desee dirigiéndose á la casa editorial de **D. Bausá. Aribau, 175, Barcelona.**



ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, "róstata, vejiga y riñones. Dilatan los estrecheces, rompen la piedra y curan las arenillas. Curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores de orina; limpiando la orina de esos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Areñal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

¡Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. — 3 pesetas. Buenas librerías de España. — En Madrid, F6, San Martín, Puerta del Sol.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO
MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar. — Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896). — BIBLIOTECA PRIVADA. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — EXPORTACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PEQ-
QD ICOS á los señores libreros y Corresponsales de España y América.